

EUSEBIO DE CESAREA

HISTORIA
ECLESIÁSTICA

LIBRO NOVENO

El libro noveno de la *Historia eclesiástica* contiene lo siguiente:

1. De la fingida distensión.
2. Del posterior empeoramiento.
3. De la estatua recién erigida en Antioquía.
4. De las decisiones votadas contra nosotros.
5. De las *Memorias* fingidas.
6. De los que en este tiempo sufrieron martirio.
7. Del edicto contra nosotros fijado en las columnas.
8. De los acontecimientos que siguieron entre hambre, peste y guerras.
9. De la muerte catastrófica de los tiranos ¹ y palabras que pronunciaron antes de morir.
10. De la victoria de los emperadores amigos de Dios.
11. De la destrucción final de los enemigos de la religión.

I

[DE LA FINGIDA DISTENSIÓN]

1 La palinodia de la orden imperial antes citada se expone por todas partes y en todo lugar de Asia, así como en las provincias circundantes ³. Cumplido esto así, Maximino, el tirano de Oriente ⁴, impiísimo como ningún otro y convertido en el mayor enemigo de la religión del Dios del universo, se disgustó muchísimo con lo escrito ⁵, y, en vez del susodicho edicto, ordenó de palabra ⁶ a los gobernantes sujetos a él ⁷ que aflojaran en la guerra contra nosotros. Efectivamente, como no le estaba permitido contradecir de otra manera el juicio de los más poderosos, poniendo a buen recaudo la mencionada ley y procurando cuidadosamente que en las regiones sujetas a él se hiciera pública, mediante una orden oral manda a los gobernantes sujetos a él aflojar en la persecución contra nosotros ⁸. Pero los términos de la orden se los van comunicando ellos mutuamente por escrito ⁹.

2 Así, pues, Sabino, honrado entre ellos con la dignidad de los magistrados más elevados ¹⁰, da a conocer la decisión del empera-

dor a los gobernadores de cada provincia mediante una carta en latín. Su traducción es la siguiente ¹¹:

3 «Con el más rico y más santo celo, hace ya tiempo que la divinidad de nuestros señores, santísimos emperadores ¹², determinó orientar las mentes de todos los hombres al santo y recto camino del vivir, para que, incluso los que parecían seguir una costumbre ajena a la de los romanos, rindieran el culto debido a los dioses inmortales.

4 «Pero la obstinación y rudísima voluntad de algunos subió a tanto, que ni con el justo razonamiento de la orden se podía apartarles de su propia determinación, ni el castigo prometido los arredaba.

5 «Como quiera, pues, que por causa de tal actitud ocurrió que muchos se pusieron en peligro, la divinidad de nuestros señores, los poderosísimos emperadores, juzgando, según la mucha nobleza de su piedad, que era ajeno a su propio y divínísimo propósito estar arrojando a los hombres a un peligro tan grande por una causa así, ordenó escribir a tu inteligencia por medio de mi devoción, que, si algún cristiano fuere hallado tomando parte en la religión de su propia nación, lo apartes de la molestia y del peligro que lo amenaza y no juzgues que debe alguien ser castigado por este motivo, ya que con el correr de tan largo tiempo se ha comprobado que de ninguna

manera es posible persuadirles a que se aparten de semejante obstinación.

6 »Por consiguiente, tu solicitud debe escribir a los *curadores* ¹³, a los magistrados municipales y a los prepositos de distrito rural de cada ciudad para que sepan que, en adelante, no les conviene preocuparse de este edicto» ¹⁴.

7 Después de esto, los de cada provincia ¹⁵, pensando que la intención de lo que se les escribía era la verdad, dan a conocer por medio de cartas el pensamiento imperial a los curadores, a los magistrados municipales y a los prepositos de distrito rural. Pero no sólo hicieron avanzar el asunto mediante las cartas, sino también, y muy principalmente, mediante las obras. Con el fin de llevar a término la decisión imperial, saçaban a la luz del día y daban libertad a todos cuantos tenían encerrados en las cárceles por haber confesado la divinidad, y dejaban ir también a los que de entre ellos estaban castigados en las minas. Aunque se equivocaban ¹⁶, ellos creían que esto era lo que verdaderamente pensaba el emperador.

8 Y al ocurrir de este modo las cosas, de repente, como una luz que brilla saliendo de la noche oscura ¹⁷, en cada ciudad se podían ver iglesias congregadas ¹⁸, reuniones concurridísimas y, además, las ceremonias ejecutadas del modo acostumbrado. Y todo pagano infiel era presa de gran estupor ante esto y se maravillaba

de cambio tan prodigioso, y a gritos proclamaba grande y único verdadero al Dios de los cristianos.

9 De los nuestros, los que habían sostenido valiente y fielmente el combate de las persecuciones recobraban de nuevo su libertad franca para con todos; en cambio, los que, enfermos en la fe, habían naufragado en sus almas se apresuraban gozosos en busca de remedio, implorando y pidiendo a los fuertes su mano derecha salvadora y suplicando a Dios que les fuera propicio ¹⁹.

10 Y luego, los nobles atletas de la religión, liberados del sufrimiento de las minas, regresaban a sus casas caminando majestuosos y radiantes a través de las ciudades y rebosando indecible alegría y una libertad franca que no es posible traducir con palabras.

11 Así, pues, a lo largo de los caminos y las plazas, muchedumbres en tropel realizaban su viaje alabando a Dios con cantos y salmos, y a los que antes estaban presos con durísimos castigos y desterrados de sus patrias, los hubieras visto ahora recobrando sus hogares con rostro rebosante de alegría y satisfacción, tanto que incluso los que anteriormente gritaban contra nosotros, al ver ahora un prodigio tan contrario a lo que se podía esperar, se unían también a nuestro regocijo por lo ocurrido.

[DEL POSTERIOR EMPEORAMIENTO]

Pero el tirano ²⁰ que, según dijimos ²¹, gobernaba las partes del Oriente ²², enemigo como era del bien y conspirador contra todos los buenos, incapaz de soportar esto, ni siquiera seis meses completos aguantó que se obrara de esa manera. Por consiguiente, se puso a maquinar medios para destruir la paz. Primeramente intentó con un pretexto impedirnos la reunión en los cementerios ²³; luego, valiéndose de algunos hombres malvados, él mismo se envió embajadas a sí mismo contra nosotros ²⁴, pues exhortó a los ciudadanos de Antioquía a que pidieran obtener de él como uno de los mayores beneficios el que en modo alguno permitiese a un cristiano habitar en su patria, y que sugirieran a otros esta misma operación. En la misma Antioquía, el autor de todo esto fue Teotecno, hombre temible, charlatán, malvado y que no hacía honor a su nombre ²⁵. Era, según parece, curador de la ciudad ²⁶.

3

[DE LA ESTATUA RECIÉN ERIGIDA EN ANTIOQUÍA]

Este hombre ²⁷, pues, que nos hizo la guerra cuanto pudo y por todos los medios se afanó para que a los nuestros los cazaran en sus escondrijos como a ladrones sacrilegos, y que todo lo maquinó basado en la calumnia y acusaciones contra nosotros y fue el causante de la muerte de innumerables personas, terminó por erigir una estatua de Zeus Filios ²⁸ con prácticas de magia y brujerías. Inventó para ello ceremonias impuras, iniciaciones de mal agüero y purificaciones abominables, y hasta delante del emperador hizo gala de su categoría prodigiosa mediante lo que él tenía por oráculos. Este, para adular a su dueño y señor en lo que le gustaba, excitó contra los cristianos al demonio y dijo que el dios ordenaba expulsar a los cristianos más allá de los límites de la ciudad y de la región circundante, por ser, afirmaba, enemigos suyos.

4

[DE LAS DECISIONES VOTADAS CONTRA NOSOTROS]

I Este fue el primero a quien salió bien su propósito. Todas las demás autoridades que habitaban las ciudades sujetas al mismo mando se apresuraron a tomar parecida resolución, mientras los gobernadores de provincia, al comprender que esto agradaba al emperador ²⁹, sugerían a sus súbditos que hicieran lo mismo.

2 El tirano dio contentísimo su asentimiento a estas decisiones mediante un rescripto ³⁰, y otra vez se reavivó la persecución contra nosotros. El mismo Maximino estableció por cada ciudad como sacerdotes de los ídolos y, por encima de éstos, como sumos sacerdotes, a todos los que más se habían distinguido en las funciones públicas y que en todas habían adquirido fama ³¹. También ellos fueron muy solícitos en todo lo que atañía al culto de los dioses que tenían a su cuidado.

3 En resumen, la absurda superstición del dueño y señor inducía a todos sus súbditos, gobernantes y gobernados, a obrar en todo contra nosotros para congraciarse con él. A cambio de los beneficios que creían que iban a obtener de él, le hacían este favor, el mayor: desear nuestra matanza y seguir haciendo gala de las más nuevas maldades a nosotros destinadas.

5

[DE LAS «MEMORIAS» FINGIDAS]

I Después de inventar—como suena—unas *Memorias de Pilato* ³² y de *Nuestro Salvador*, abarrotadas de todo género de blasfemias contra Cristo, con la anuencia del soberano las distribuyen por todo el país sujeto a su mando, con instrucciones escritas para que

en todo lugar, lo mismo en los campos que en las ciudades, se expusieran públicamente a todos y los maestros de escuela se cuidaran de enseñarlas a los niños en vez de las ciencias, y hacérselas retener de memoria.

2 Mientras esto se cumplía de la manera dicha, otro, un comandante militar, que los romanos llaman *dux* ³³, hizo sacar a viva fuerza de la plaza pública de Damasco de Fenicia a unas despreciables mujerzuelas y las amenazaba con aplicarles torturas forzándolas a declarar por escrito que, efectivamente, algún tiempo habían sido cristianas y que entre los cristianos habían visto acciones criminales, y que éstos cometían acciones licenciosas en las mismas casas del Señor ³⁴, y todo cuanto querían que ellas dijeran para calumnia de nuestra doctrina. Luego insertó estas declaraciones en unas memorias ³⁵ y las comunicó al emperador, quien ordenó que también dicho documento se hiciera público en todo lugar y en cada ciudad.

6

[DE LOS QUE EN ESTE TIEMPO SUFRIERON MARTIRIO]

1 Pero no tardó mucho este comandante militar en pagar la pena de su maldad suicidándose. En cuanto a nosotros, de nuevo se reanudaron los destierros y terribles persecuciones, y una vez más se alzaron cruelmente contra nosotros los gobernadores de todas las provincias, hasta el punto de que algunos de los más eminentes en la doctrina divina fueron apresados y recibieron sentencia

inapelable de muerte ³⁵. De ellos, tres en Emesa, ciudad de Fenicia, que se confesaron cristianos y fueron entregados como pasto a las fieras. Entre ellos estaba el obispo Silvano ³⁶, de avanzadísima edad, que había ejercido su ministerio durante cuarenta años completos.

2 Por el mismo tiempo también, Pedro, que presidía brillantísimamente las iglesias de Alejandría ³⁷—un modelo divino de obispos por su vida virtuosa y por su estudio asiduo de las Sagradas Escrituras—, fue arrestado sin ningún motivo y sin que tal cosa pudiera esperarse, de repente y sin razón, como por orden de Maximino, y fue decapitado ³⁸. Y, junto con él, sufrieron la misma pena otros muchos obispos de Egipto.

3 Y Luciano, hombre excelentísimo en todo, acreedor del aplauso por su vida, su continencia y sus conocimientos sagrados, presbítero de la iglesia de Antioquía, fue conducido a la ciudad de Nicomedia, donde casualmente se hallaba por entonces el emperador. Habiendo expuesto públicamente en presencia del soberano la defensa de la doctrina por la que se le hacía comparecer, fue encarcelado y ejecutado ³⁹.

4 Verdaderamente, fue tanto lo que en breve espacio de tiempo organizó contra nosotros aquel enemigo del bien, Maximino, que nos pareció que había suscitado una persecución mucho más cruel que la primera.

[DEL EDICTO CONTRA NOSOTROS FIJADO EN LAS COLUMNAS]

1 Por lo menos—cosa que nunca jamás había ocurrido ⁴⁰—se grababan en estelas de bronce ⁴¹ y se exponían al público en medio de las ciudades las decisiones que las ciudades votaban contra nosotros y los rescriptos con las ordenaciones imperiales correspondientes, y los niños en las escuelas cada día tenían en sus labios a Jesús, a Pilato y las *Memorias* ⁴² inventadas para insultar.

2 Aquí me parece que es necesario insertar el edicto mismo de Maximino, el que se expuso en estelas, para que al mismo tiempo se evidencie, de una parte, la arrogancia jactanciosa e insolente del odio de aquel hombre contra Dios, y de otra, el aborrecimiento del mal por parte de la justicia divina, siempre alerta contra los impíos, que le iba persiguiendo de cerca, pues no mucho después, impulsado por ella, empezó a decir sobre nosotros todo lo contrario y lo decretó en leyes escritas.

**Copia de la traducción del rescripto de Maximino
correspondiente a las decisiones votadas contra
nosotros, tomada de la estela de Tiro**

3 «Por fin, la débil audacia de la mente humana se ha fortificado al haber sacudido y disipado toda oscuridad y tiniebla de error—el mismo que antes de ahora asediaba con la sombra funesta de la

ignorancia—de los sentidos de unos hombres no tan impíos cuanto desgraciados, y reconoce que es regida y consolidada por la providencia benevolente de los dioses inmortales.

4 »Es algo realmente increíble decir cuán grato y cuán placentero y entrañable fue para nosotros el que nos hayáis dado la mayor demostración de vuestros sentimientos de amor a los dioses cuando, incluso antes de ahora, nadie ignoraba lo observantes y piadosos que erais para con los dioses inmortales, pues vuestra fe no se daba a conocer como fe de nuevas y huecas palabras, sino como fe sólida y extraordinaria ⁴⁴ en obras excelentes.

5 »Por lo cual vuestra ciudad podría apellidarse justamente templo y habitáculo de los dioses inmortales, ya que está bien claro por muchos ejemplos que debe su actual florecimiento al hecho de habitar en ella los dioses del cielo.

6 »Ved, pues, que vuestra ciudad, descuidando todos sus intereses particulares y pasando por alto las anteriores solicitudes sobre asuntos que le concernían de cerca, cuando nuevamente se percató de que estaban comenzando a infiltrarse los secuaces de esta maldita impostura y que era como una hoguera descuidada y adormecida, cuyas brasas al reavivarse producen los mayores incendios, inmediatamente y sin demora alguna recurrió a nuestra piedad, como a la metrópoli de todas las religiones, pidiendo algún remedio y ayuda.

7 »Es evidente que este saludable pensamiento os lo han sugerido los dioses por causa de la fe de vuestra religión. El fue, efectivamente, él, Zeus, el más alto y más grande, que preside

vuestra ilustrísima ciudad y libra de la ruina funesta a vuestros dioses patrios, a vuestras mujeres, a vuestros hijos y a vuestros hogares, quien insufló en vuestras almas esta voluntad salvadora, mostrando y poniendo de manifiesto cuán excelente, espléndido y saludable es acercarse con la debida veneración al culto y a las ceremonias sagradas de los dioses inmortales.

8 »Porque, ¿quién podría ser tan insensato y ajeno a todo entendimiento que no comprenda que, a la solicitud benevolente de los dioses debemos el que la tierra no niegue las semillas a ella confiadas ni arruine con vana espera la esperanza de los campesinos; el que no se afirme inevitablemente sobre la tierra el espectro de una guerra impía ni la muerte arrastre consigo los cuerpos escuálidos al corromperse la temperie del cielo; el que la mar embravecida por el soplo de vientos desmedidos no se alce, y los huracanes, estallando inesperadamente, no levanten mortífera tempestad; más aún, el que la tierra, madre y nodriza de todos los seres, no se hunda con temblor espantoso⁴⁵ desde sus propios abismos más profundos ni las montañas que hay encima se derrumben en las simas abiertas? Nadie ignora que precisamente todas estas calamidades, y otras aún mucho peores, han ocurrido con frecuencia antes de ahora.

9 »Y todas ellas ocurrieron por causa del funesto error de la vana impostura de esos hombres inicuos⁴⁶, cuando prevalecía en

sus almas y casi, por así decirlo, abrumaba con sus deshonras a todas las regiones del mundo habitado».

10 A esto, después de otras cosas, añade:

«Que contemplen cómo florecen en las anchas llanuras las mieses ondulantes de espigas, cómo lucen los prados con sus plantas y flores, gracias a la lluvia bienhechora, y cómo el cielo se ha cambiado en suavísima temperie ⁴⁷.

11 «Alégrense todos en adelante porque, gracias a nuestra piedad, a nuestros sacrificios rituales y a nuestra veneración, se ha aplacado el poderosísimo y firmísimo aire, y que por esto mismo se complazcan en disfrutar de la más tranquila paz seguros y en sosiego. Y, en consecuencia, que todos cuantos, con provecho absoluto, han vuelto de aquel ciego error y extravío a un recto y óptimo pensar, se alegren todavía más, como si se vieran libres de un imprevisto huracán o de una terrible enfermedad y hubieran cosechado para el futuro el goce placentero de la vida.

12 «Pero si permanecieren en su maldita impostura, que sean separados y arrojados bien lejos de vuestra ciudad y de sus contornos, conforme lo pedisteis ⁴⁸, para que de esta manera vuestra ciudad, apartada de toda mancilla y de toda impiedad, siguiendo vuestra laudable diligencia en este asunto y vuestro natural propósito, pueda con la debida reverencia prestarse a los sacrificios rituales de los dioses inmortales.

13 «Y para que sepáis cuán agradable nos ha resultado vuestra petición sobre este asunto y cuán predispuesta al amor del bien

está nuestra alma, por propia voluntad, aun sin decreto y sin petición, permitimos a vuestra devoción que pidáis el mayor don que queráis a cambio de este vuestro religioso propósito.

14 »Y ahora no vaciléis en hacerlo y en recibir el premio, pues lo alcanzaréis sin la menor demora. Este premio otorgado a vuestra ciudad proporcionará por todos los siglos un testimonio de vuestra religiosa piedad para con los dioses inmortales y demostrará a vuestros hijos y descendientes que habéis alcanzado de nuestra benevolencia dignos premios por este vuestro plan de vida».

15 Estas medidas en contra nuestra se proclamaron públicamente en cada provincia, impidiendo a nuestros asuntos toda buena esperanza, al menos en cuanto depende de los hombres, tanto que, según aquel divino oráculo, *de ser posible, hasta los mismos elegidos podrian tropezar* bajo tales circunstancias⁴⁹.

16 Sin embargo, cuando ya la esperanza casi estaba expirando en la mayoría⁵⁰, de repente, hallándose todavía en camino por algunas regiones los servidores de este edicto⁵¹ contrario a nosotros, Dios, campeón de su propia Iglesia, haciendo tascar el freno, por así decirlo, al orgullo del tirano contrario a nosotros, demostró que el cielo era un aliado puesto de nuestro lado.

[DE LOS ACONTECIMIENTOS QUE SIGUIERON ENTRE HAMBRE, PESTE
Y GUERRAS]

1 Por consiguiente, los acostumbrados aguaceros y las lluvias continuas retuvieron su habitual tributo a la tierra, aunque era la estación invernal, y un hambre inesperada ⁵² hizo su aparición, a lo que se añadió la peste y el ataque de alguna otra enfermedad: una úlcera que, por causa de su inflamación, se llamaba significativamente carbunco ⁵³, corriéndose a todo el cuerpo, causaba a los pacientes serios peligros, y no sólo eso, sino que, atacando en la mayor parte de los casos particularmente a los ojos, dejaba ciegos a innumerables hombres, mujeres y niños.

2 Por añadidura a todo esto, le sobrevino al tirano la guerra con los armenios, amigos de antiguo y aliados de los romanos. Como también éstos eran cristianos ⁵⁴ y cultivaban con diligencia la piedad para con la divinidad, el aborrecedor de Dios trató de obligarles a sacrificar a los ídolos y demonios, y de amigos los tornó enemigos, y de aliados, adversarios.

3 El hecho de que todo esto afluyera de golpe y a un mismo tiempo sirvió para refutar la jactancia del osado tirano contra Dios, ya que, efectivamente, se venía vanagloriando de que, por causa de su celo por los ídolos y de su obsesión contra nosotros, ni el hambre, ni la peste, ni siquiera la guerra tenían lugar en sus días.

Estas calamidades, pues, sobreviniendo juntas y al mismo tiempo, constituyeron también el preludio de su caída.

4 Así, él mismo se afanaba junto con sus tropas en la guerra contra los armenios, mientras el hambre y la peste unidos dejaban terriblemente exhaustos a los demás habitantes de las ciudades a él sujetas, tanto que, por una medida de trigo, se daban a cambio hasta dos mil quinientas dracmas áticas.

5 En consecuencia eran millares los que morían en las ciudades, aunque más numerosos todavía que éstos eran los que morían en las campiñas y en las aldeas, hasta el punto de que los antiguos censos, abundantes en campesinos, por poco se quedaron completamente borrados, al perecer casi todos a la vez por falta de alimento y por enfermedad pestilencial ⁵⁵.

6 Así, pues, algunos juzgaban bueno vender sus más preciados bienes a los más ricos por unas migajas de alimento; otros, vendiendo poco a poco sus posesiones, habían llegado a la más extrema penuria, y aun hubo quienes, habiendo masticado briznas de hierba o comido por descuido ciertas plantas mortíferas, arruinaron el estado físico de su cuerpo y perecieron.

7 Y algunas mujeres nobles de las ciudades, empujadas por la indigencia al más vergonzoso menester, salían por las plazas públicas a mendigar, y sólo en el rubor de su rostro y en la decencia de su vestimenta dejaban entrever la prueba de su antigua crianza noble.

8 Y otros, secos ya, como fantasmas cadavéricos, luchando con

la muerte y tropezando y resbalando aquí y allá, terminaban derumbándose impotentes para tenerse en pie. Tendidos boca abajo en medio de las plazas, imploraban que se les alargase un pedacito de pan, y con el alma ya en los últimos soplos, gritaban que estaban hambrientos, sin tener fuerzas más que para este único y dolorosísimo grito.

9 Otros, en cambio, los que parecían ser de los más acomodados, estupefactos ante la muchedumbre de pedigüños, después de haber repartido innumerables limosnas, en adelante se encerraron en una actitud dura e insensible, esperando todavía no padecer ellos también lo mismo que los pedigüños. De hecho, en medio de las plazas y de las callejuelas ofrecían ya a la vista el más lamentable espectáculo los cadáveres desnudos que yacían insepultos desde hacía muchos días.

10 Algunos hasta eran ya pasto de los perros, y por esta causa, sobre todo, empezaron los vivos a matar perros, temerosos de que rabiaran y se dedicasen a devorar hombres.

11 Pero la misma peste causaba mayores estragos en todas las casas, sobre todo en aquellas en que el hambre no era capaz de exterminarlos porque abundaban en provisiones. Así, los opulentos: magistrados, gobernadores y muchísimos funcionarios, dejados por el hambre como adrede para la peste, padecieron una muerte acerba y rapidísima. Todo, en consecuencia, estaba lleno de gemidos y por todas las callejuelas, plazas y avenidas no se podía contemplar otra cosa que lamentaciones con su acostumbrado acompañamiento de flautas y ruido de golpes.

12 De esta manera, luchando a la vez con las dos armas suso-

dichas, la peste y el hambre, la muerte devoró en breve familias enteras, hasta el punto de ser posible ver en un solo entierro llevar los cuerpos de dos y tres muertos.

13 Tales calamidades eran la paga de la gran jactancia⁵⁶ de Maximino y de las peticiones de las ciudades contra nosotros, siendo así que a todos los paganos aparecía manifiesta la prueba del celo y de la piedad de los cristianos en todo⁵⁷.

14 Ellos eran, efectivamente, los únicos que en esta circunstancia calamitosa demostraban con sus propias obras la compasión y el amor a los hombres. Los unos perseveraban todo el día en el cuidado y enterramiento de los muertos (que eran millares los que no tenían quién se ocupara de ellos), y los otros, reuniendo en un mismo lugar la muchedumbre de los que en toda la ciudad estaban agotados por el hambre, a todos repartían pan, de suerte que el hecho corrió de boca en boca y todos los hombres glorificaban al Dios de los cristianos y, convencidos por las obras mismas, confesaban que éstos eran los únicos verdaderamente piadosos y temerosos de Dios.

15 Después de cumplido esto como se ha dicho, Dios, el más grande y celestial defensor de los cristianos, tras haber mostrado por los medios mencionados su amenaza y su enojo contra todos los hombres, de nuevo nos devolvió, a cambio de los excesos que ellos habían mostrado contra nosotros, el rayo propicio y esplendoroso de su providencia para con nosotros. Como en una oscuridad profunda, hizo que del modo más maravilloso nos iluminara la luz de la paz, que de él procede, y a todos puso de manifiesto que Dios

mismo fue y sigue siendo el supervisor de nuestros asuntos ⁵⁸, el que azota a su pueblo y el que, valiéndose de las circunstancias según la ocasión, de nuevo lo convierte, y en fin, el que después de una buena lección ⁵⁹ se muestra propicio y piadoso para los que en El esperan ⁶⁰.

9

[DE LA MUERTE CATASTRÓFICA DE LOS TIRANOS Y PALABRAS QUE PRONUNCIARON ANTES DE MORIR]

1 Así, pues, a Constantino, que, como ya hemos dicho anteriormente ⁶¹, es emperador hijo de emperador y varón piadoso, hijo de un padre piadoso y prudentísimo en todo ⁶², lo suscitó contra los impiísimos tiranos ⁶³ el Emperador supremo, el Dios del universo y Salvador. Y cuando se determinó a luchar según la ley de la guerra, combatiendo, como aliado con él, Dios de la manera más extraordinaria, Majencio cayó en Roma al empuje de Constantino ⁶⁴, mientras el otro ⁶⁵, sobreviviéndole muy poco tiempo en el Oriente, sucumbió a manos de Licinio, que por entonces aún no se había trastornado ⁶⁶.

2 Constantino ⁶⁷ fue el primero de los dos—primero también

en honor y dignidad imperiales— que mostró moderación con los oprimidos por los tiranos en Roma. Después de invocar como aliado en sus oraciones al Dios del cielo y a su Verbo, y aun al mismo Salvador de todos, Jesucristo⁶⁸, avanzó con todo su ejército, buscando alcanzar para los romanos su libertad ancestral.

3 Majencio, lo sabemos, confiaba más en los artilugios de la magia que en la benevolencia de sus súbditos, y en verdad no se atrevía a dar un paso fuera de las puertas de la ciudad⁶⁹, a pesar de que, con la muchedumbre incontable de hoplitas y con las innumerables compañías de legionarios, cubría todo lugar, toda región y toda ciudad, todas las que en torno a Roma y en toda Italia tenía esclavizadas. El emperador, aferrado a la alianza de Dios, ataca al primero, al segundo y al tercer ejército⁷⁰ del tirano, y tras vencerlos a todos con facilidad, avanza lo más que puede por Italia hasta muy cerca de Roma.

4 Luego, para que no se viera forzado a luchar con los romanos por causa del tirano, Dios mismo arrastró al tirano, como con cadenas, lo más lejos de las puertas⁷¹. Y lo que ya antiguamente es-

taba escrito en los sagrados libros contra los impíos, increíble para la mayor parte como si se tratara de cuentos de fábula, pero bien digno de fe por su misma evidencia, al menos para los fieles, por decirlo simplemente, se hizo creíble a todos cuantos, fieles e infieles, vieron con sus propios ojos el prodigio.

5 Lo mismo, pues, que, en tiempos de Moisés y de la antigua piadosa nación de los hebreos, *precipitó en el mar los carros del faraón y su ejército, la flor de sus caballeros y capitanes; el mar Rojo se los tragó, el mar los cubrió* ⁷², así también Majencio y los hoplitas y lanceros de su escolta *se hundieron en lo profundo como una piedra* ⁷³ cuando, dando la espalda al ejército que venía de parte de Dios con Constantino, atravesaba el río que le cortaba el paso y que él mismo había unido y bien pontoneado con barcas, construyendo así una máquina de destrucción contra sí mismo ⁷⁴.

6 De él se podría decir: *cavó un foso y le quitó la tierra; y caerá en el hoyo que se hizo. Su trabajo se volverá contra su cabeza, y su injusticia recaerá sobre su coronilla* ⁷⁵.

7 Así, pues, deshecho el puente tendido sobre el río, el paso se hunde y las barcas se precipitan de golpe en el abismo con todos sus hombres; y él mismo el primero, el hombre más impío, y luego los escuderos que le rodeaban *se hundieron como plomo en las aguas impetuosas* ⁷⁶, como ya predice el oráculo divino;

8 de suerte que, si no con palabras, como es natural, si al menos con las obras, los que, gracias a Dios, se habían alzado con la victoria, podían, lo mismo que los seguidores del gran siervo Moisés⁷⁷, entonar el mismo himno que contra el impío tirano de antaño y decir: *Cantemos al Señor, porque gloriosamente se ha cubierto de gloria. Caballo y jinete los arrojó al mar. Mi ayuda y mi protección, el Señor; se hizo mi salvador*⁷⁸; y *¿Quién como tú entre los dioses, Señor? ¿Quién como tú, glorificado en los santos, admirable en la gloria, obrador de prodigios?*⁷⁹

9 Estas y muchas más cosas parecidas a éstas cantó Constantino con sus obras al Dios supremo, causa de su victoria, y entró en triunfo en Roma, mientras todos en masa, con sus niños y sus mujeres, los senadores y altos dignatarios⁸⁰, y todo el pueblo romano, le recibían con los ojos radiantes, de todo corazón, como a libertador, salvador y bienhechor⁸¹, en medio de vítores y una alegría insaciable.

10 Pero él, que poseía la piedad para con Dios como algo innato, sin perturbarse lo más mínimo por las aclamaciones ni engrairse con las alabanzas, muy consciente de que la ayuda provenía de Dios, ordena inmediatamente que en la mano de su propia estatua se coloque el trofeo de la pasión salvadora⁸², y al ver que

le erigían en el lugar más público de Roma sosteniendo en su mano derecha el signo salvador, les urge a que graben esta inscripción en lengua latina con sus mismas palabras:

II «Con este signo salvador, que es la verdadera prueba del valor, salvé y libré a vuestra ciudad del yugo del tirano; más aún, la libré y restablecí al senado y al pueblo romanos en su antiguo renombre y esplendor».

12 Y después de esto, el mismo Constantino, y con él Licio ⁸³—que por entonces aún no había vuelto su pensamiento hacia la locura en que vino a dar más tarde ⁸⁴—, tras aplacar a Dios, causa para ellos de todos los bienes, ambos a dos, por acuerdo y decisión común, redactan una ley perfectísima ⁸⁵ en el más pleno sentido en favor de los cristianos, y envían relación de los portentos que Dios les había hecho—la victoria contra el tirano ⁸⁶—y la ley misma ⁸⁷ a Maximino, que todavía imperaba en los pueblos de Oriente y les fingía amistad.

13 Pero él, tirano como era, se afligió sobremanera al conocer estas cosas, y luego, no queriendo aparentar que cedía ante los otros ni tampoco que suprimía lo mandado, por temor a los que lo tenían ordenado, se ve en la necesidad de escribir en favor de los cristianos a los gobernadores súbditos suyos, como si lo hiciera por propio y absoluto poder, esta primera carta ⁸⁸ en que falsamente se finge a sí mismo cosas que jamás había realizado.

9a

Copia de la traducción de la carta del tirano

I «Jovio Maximino Augusto ⁹⁰, a Sabino ⁹¹: Estoy persuadido de que, lo mismo para tu firmeza que para todos los hombres, es evidente que nuestros señores y padres, Diocleciano y Maximiano, cuando se dieron cuenta de que casi todos los hombres, abandonando el culto de los dioses, se habían mezclado con la raza de los cristianos ⁹², obraron rectamente al ordenar que todos los que habían desertado del culto de sus propios dioses inmortales fueran de nuevo llamados al culto de los dioses mediante corrección y castigo ejemplar ⁹³.

2 »Pero cuando yo llegué por primera vez al Oriente ⁹⁴ bajo buenos auspicios y me enteré de que en algunos lugares los jueces

habían desterrado por la causa antes señalada a numerosísimas personas que podían ser útiles al Estado, di órdenes a cada uno de los jueces para que en adelante ninguno de ellos se comportara duramente con los habitantes de las provincias, sino que, más bien, con halagos y exhortaciones, intentaran llamarlos de nuevo al culto de los dioses.

3 »En consecuencia, por entonces, mientras los jueces, conforme a mi mandato, guardaban lo que estaba ordenado, ocurría que de las partes de Oriente ninguno era desterrado ni ultrajado; al contrario, más bien ocurría que, al no hacerse nada grave contra ellos, retornaban al culto de los dioses ⁹⁵.

4 »Y luego, cuando el año pasado entré felizmente en Nicomedia y residí en ella, se presentaban a mí ciudadanos de la misma ciudad con las estatuas de sus dioses pidiéndome encarecidamente que de ninguna manera permitiese que semejante raza ⁹⁶ habitara en su patria ⁹⁷.

5 »Sin embargo, cuando me enteré de que numerosísimos hombres de la misma religión habitaban en aquellas regiones, les di como respuesta que les agradecía complacido su petición, pero que advertía que esta demanda no provenía de todos. Por consiguiente, si había algunos que perseveraban en la misma superstición, que cada uno decidiera según su personal preferencia y, si querían, que reconocieran el culto de los dioses.

6 »No obstante, a los habitantes de la misma Nicomedia y a

las demás ciudades que tan solícitamente me tenían hecha también idéntica petición, a saber, que ningún cristiano habitara en sus ciudades ⁹⁸, hube de responderles forzosamente en términos amistosos, ya que esto mismo guardaron incluso los antiguos emperadores, todos, y plugo a los mismos dioses—por los cuales se mantienen todos los hombres y la misma administración del Estado—que yo confirmara esa importante petición que presentaban en favor del culto de su divinidad.

7 »Por consiguiente, aun cuando anteriormente hayamos escrito a tu devoción y se te haya igualmente ordenado en instrucciones ⁹⁹ no comportarte duramente con los provincianos que se empeñaran en guardar semejante costumbre, sino tratarlos con paciencia y mesura, sin embargo, para que no tengan que aguantar insultos ni violencias a manos de los *beneficiarios* ¹⁰⁰ o de otros cualesquiera, juzgué oportuno sugerir a tu gravedad con esta carta que, valiéndote de halagos y exhortaciones, hagas que nuestras provincias reconozcan el culto de los dioses.

8 »De ahí que, si alguno por su voluntad admitiese que se ha de reconocer el culto de los dioses, a esta gente conviene recibirla. Pero si algunos desean seguir su propio culto, podrías ir dejándolos en su libertad ¹⁰¹.

9 »Por esta razón, tu devoción debe guardar escrupulosamen-

te lo que se te ha confiado, y que a nadie se le dé facultad para excitar a nuestros provincianos con injurias y violencias, pues, como arriba queda escrito, más bien conviene atraer de nuevo a nuestros provincianos al culto de los dioses con exhortaciones y halagos. Y para que este mandato nuestro llegue a conocimiento de todos nuestros provincianos, deberás hacer público lo mandado mediante una orden que tú propondrás».

10 Como quiera que había tomado estas disposiciones forzado por la necesidad y no por propia convicción, nadie le tuvo ya por verdadero y digno de fe, a causa de su pensar inconstante y mentiroso, manifestado ya anteriormente tras una concesión semejante ¹⁰².

11 En consecuencia, ninguno de los nuestros se atrevía a convocar una reunión ni a presentarse en público, ya que el edicto no se lo autorizaba; solamente ordenaba guardarse de insultarnos, pero no animaba a que se hiciesen reuniones, a que se construyesen iglesias y a que se practicase cualquier acto de los acostumbrados entre nosotros.

12 Y, sin embargo, los defensores de la paz y de la piedad ¹⁰³ le habían escrito que lo permitiera ¹⁰⁴, y ellos lo habían concedido por medio de edictos y leyes a todos sus súbditos. En realidad, aquel monstruo de impiedad prefería no ceder en este terreno, hasta que, al fin, acosado por la justicia divina, mal de su grado, se vio llevado a hacerlo.

[DE LA VICTORIA DE LOS EMPERADORES AMIGOS DE DIOS]

1 Esta fue la causa que le obligó. Maximino era incapaz de llevar el peso del supremo gobierno que le habían confiado sin merecerlo; debido a su carencia de reflexión sensata y propia de un emperador, manejaba los asuntos públicos con total impericia y, sobre todo, se alzaba irreflexivamente en su alma con orgullosa jactancia incluso contra sus mismos colegas imperiales, que en todo le sobrepasaban, lo mismo en linaje que en educación, instrucción, dignidad, inteligencia y—lo que es más importante que todo—en sabia prudencia y en piedad para con el verdadero Dios. Empezó con la osadía de insolentarse y de proclamarse a sí mismo públicamente el primero en los honores ¹⁰⁵.

2 Llevando hasta la locura su vesánico orgullo, quebrantó los pactos que tenía hechos con Licinio ¹⁰⁶ y emprendió una guerra sin cuartel ¹⁰⁷. Luego, al poco tiempo, alborotándolo todo y perturbando profundamente a cada ciudad, reunió toda la fuerza armada, una muchedumbre de incontables miríadas, y partió a la lucha en orden de batalla contra él y con el alma exaltada por las esperanzas puestas en los demonios, que él creía dioses, y en las miríadas de soldados armados.

3 Pero, al venir a las manos, se encontró desprovisto de la protección de Dios, por otorgarse al que entonces mandaba ¹⁰⁸ la victoria que procede del mismo y único Dios de todas las cosas.

4 En primer lugar pierde el cuerpo de hoplitas en el que tiene puesta su confianza, mientras los lanceros de su escolta personal lo abandonan indefenso y falto de todo, y se pasan al vencedor. El desgraciado, desnudándose a toda prisa del ornato imperial, que en modo alguno le cuadraba, se desliza entre la muchedumbre cobardemente, como un canalla y sin ánimo viril. Después se fuga y, sustrayéndose con dificultad por los campos y aldeas a las manos de sus enemigos, va vagando de una parte a otra buscando su salvación ¹⁰⁹ y mostrando bien a las claras, con los hechos mismos, la fidelidad y verdad de los divinos oráculos en que se dice:

5 *No se salva el rey por su numeroso ejército ni el gigante será salvo por la abundancia de su fuerza. Vano es el caballo para salvarse, y uno no se salvará por su gran potencia. Ved los ojos del Señor puestos sobre los que le temen, los que esperan en su misericordia, para arrancar sus almas de la muerte* ¹¹⁰.

6 Así fue cómo el tirano llegó cubierto de vergüenza a su propio territorio ¹¹¹, y allí, enfurecido, comenzó por hacer ejecutar a muchos sacerdotes y profetas ¹¹² de los dioses que él antes admiraba y cuyos oráculos le habían incitado a emprender la guerra, acusándoles de impostores, de embaucadores y, sobre todo, de haberse convertido en traidores de su salvación. Luego ¹¹³ dio gloria al Dios de los cristianos, y después de haber dispuesto una ley

perfectísima y completísima en favor de la libertad de los mismos, acabó inmediatamente su vida con una muerte penosa y sin que le fuera dado un plazo de tiempo ¹¹⁴.

La ley que él había enviado ¹¹⁵ era del tenor siguiente:

**Copia de la traducción de la orden del tirano en favor
de los cristianos, traducida de la lengua latina
a la griega**

7 «El emperador César Cayo Valerio Maximino Germánico Sarmático Augusto Pío Félix Invicto: Que nosotros velamos continuamente y de todas las maneras por el provecho de nuestros provincianos y que nuestra voluntad es proporcionarles lo que más hace prosperar las ventajas de todos y cuanto es de provecho y utilidad comunes, así como lo que se ajusta a la utilidad pública y resulta agradable al parecer de cada uno, creemos que nadie lo ignora, antes bien, creemos que cada cual se atiene a los hechos mismos y es consciente de su evidencia.

8 «Así, pues, cuando antes de esto resultó patente a nuestro conocimiento que, bajo el pretexto ese de que los divinos Diocleciano y Maximiano, nuestros padres, tenían mandado abolir las asambleas de los cristianos ¹¹⁶, los *oficiales* ¹¹⁷ habían realizado

muchos perjuicios y expoliaciones y que, en lo sucesivo, esto mismo se había extendido en daño de nuestros provincianos (por cuyo digno cuidado nos estamos desviviendo), quedando destruidas las haciendas de los particulares, el pasado año dirigimos cartas a los gobernadores de cada provincia ¹¹⁸ y legislamos lo siguiente: que si alguien quería seguir semejante costumbre o bien la observancia misma de la religión, que no tuviera impedimento en su propósito y que nadie le pusiera estorbos ni se lo prohibiera, y que todos tuvieran facilidad para hacer sin temor ni suspicacia cuanto a cada cual le viniera en gana ¹¹⁹.

9 «Solamente que ahora no ha podido ocultársenos que algunos jueces venían descuidando nuestros mandatos, disponían a nuestros hombres a la duda sobre lo mandado y hacían que se acercaran con mayor vacilación a las mismas prácticas religiosas que eran de su agrado.

10 «Por consiguiente, para eliminar en lo sucesivo toda sospecha y ambigüedad causantes de temor, hemos determinado que se promulgue esta orden, con el fin de que a todos sea manifiesto que, por este regalo nuestro, a quienes quieran tomar parte en semejante secta y religión les es lícito acercarse, de la manera que cada uno quiera, o como más le guste, a aquella religión que haya elegido practicar habitualmente. Y también les queda permitido el construir sus iglesias propias ¹²⁰.

11 «Mas, para que incluso fuera mayor nuestro regalo, juzgamos digno legislar también lo siguiente: que si algunas casas y campos,

propiedad anteriormente de los cristianos por derecho, hubieran venido a caer en posesión legal del fisco por mandato de los nuestros, o se los hubiera apropiado alguna ciudad, bien en pública subasta o bien porque se dieron en obsequio a alguien, todo ello mandamos que sea restituido al antiguo derecho de propiedad de los cristianos, con el fin de que, incluso en esto, perciban todos nuestra piedad y nuestra providencia».

12 Estas son las palabras del tirano, que llegaron con casi un año ¹²¹ de retraso sobre los edictos que él mismo había hecho fijar en estelas contra los cristianos. Y a los que hacía bien poco sucumbían ante sus propios ojos a fuego y a hierro y como pasto de fieras y aves de rapiña, y sufrían toda especie de castigo, de suplicio y de muerte del modo más miserable, como si se tratara de ateos e impíos, a éstos declaraba él mismo ahora observantes de la religión y les permitía construir iglesias. ¡Y hasta el tirano en persona confiesa que tienen parte en ciertos derechos!

13 Y cuando hubo realizado tales confesiones, padeciendo indudablemente menos de lo que merecía padecer, como si por causa de ellas hubiera logrado cierto favor, herido repentinamente por el látigo de Dios ¹²², sucumbe en la segunda refriega de la guerra.

14 Pero no tuvo la muerte que acontece a los generales supremos de la guerra que, batiéndose varonilmente una y otra vez

por la virtud y por sus amigos, sufrieron con valentía un fin glorioso en la batalla; éste, bien al contrario, como impío y hostil a Dios, recibió el castigo merecido cuando se hallaba en casa y andaba ocultándose mientras su ejército seguía todavía en la llanura combatiendo por él ¹²³. Herido repentinamente en todo su cuerpo por el látigo de Dios, cayó de bruces como empujado por atroces sufrimientos y vivísimos dolores. Devorado por el hambre y enteramente consumidas sus carnes por un fuego invisible y de origen divino, toda apariencia de su antigua forma desapareció como aniquilada y quedó únicamente en los puros huesos, como un espectro desde largo tiempo reducido a esqueleto; así que quienes le rodeaban no podían por menos de pensar que el cuerpo se le había convertido en sepulcro del alma, enterrada ya en un cadáver en completa descomposición.

15 Pero al abrasarle mucho más terriblemente la calentura desde lo hondo de los tuétanos, los ojos se le saltaron y, cayendo de sus propias cuencas, le dejaron ciego ¹²⁴. El, respirando todavía, pese a ello, confesaba al Señor ¹²⁵ y llamaba a la muerte. Y después de confesar que esto lo padecía con toda justicia por causa de su exceso demencial contra Cristo, entregó su alma ¹²⁶.

[DE LA DESTRUCCIÓN FINAL DE LOS ENEMIGOS DE LA RELIGIÓN]

1 Muerto de esta manera Maximino, único superviviente de los enemigos de la religión y que manifestó ser el peor de todos, las iglesias surgían, por la gracia de Dios todopoderoso, reconstruidas desde los cimientos, y la doctrina de Cristo, rutilante para gloria del Dios del universo, iba alcanzando una libertad confiada, mayor que la de antes, mientras los impíos enemigos de la religión se iban colmando de vergüenza y deshonra extremas.

2 Efectivamente, Maximino mismo fue el primero al que los emperadores proclamaron enemigo común de todos, y por medio de edictos públicos, para general conocimiento, se le denunció como tirano impiísimo, abominabilísimo e inimicísimo de Dios. De las pinturas que en cada ciudad estaban dedicadas en honor suyo y de sus hijos, las unas, arrojadas de lo alto contra el suelo, se deshicieron en pedazos; y las otras, ennegrecidas las caras con sombríos colores, quedaban inservibles ¹²⁷. Y lo mismo las estatuas, todas las que estaban erigidas en honor suyo: también fueron derribadas y se hicieron pedazos, quedando expuestas a la risa y a la burla de los que querían insultarlas y ensañarse con ellas ¹²⁸.

3 Y luego también a los restantes enemigos de la religión se les fue despojando de todos los honores, e incluso se mataba a todos los partidarios de Maximino ¹²⁹, muy especialmente a los que, habiendo sido honrados por él con los honores del gobierno, por adularle se habían ensañado con violencia contra nuestra doctrina.

4 Tal era Peucetio, para todos el más honrado por él, el más respetado y el de más confianza de sus compañeros, a quien él había nombrado cónsul por dos y tres veces, y prefecto de todas las cuentas ¹³⁰. Y lo mismo Culciano, que había ascendido por todos los grados del gobierno y que también se gloriaba de innumerables matanzas de cristianos en Egipto ¹³¹. Y además de éstos había no pocos otros, mediante los cuales sobre todo se había afirmado y acrecentado la tiranía de Maximino.

5 Es de saber que también a Teotecno ¹³² lo reclamaba la justicia, que no olvidaba lo que él había llevado a cabo contra los cristianos. Efectivamente, porque había erigido un ídolo en Antioquía pensaba que sus días serían felices, y realmente hasta Maximino le había considerado digno de un cargo de gobierno.

6 Pero cuando Licinio penetró en la ciudad de Antioquía y emprendió la búsqueda de los embaucadores, hizo dar tormento a profetas y sacerdotes del recién erigido ídolo, tratando de averiguar por qué razón habían fingido el engaño. Como, apretados por los tormentos, no les era posible seguir ocultándolo, declararon que todo el misterio era un engaño urdido por industria de Teotecno ¹³³. Entonces impuso a todos el castigo que habían merecido y entregó a la muerte primero al mismo Teotecno, y luego también a sus cómplices en el embaucamiento, tras numerosos suplicios.

7 A todos éstos vinieron a añadirse incluso los hijos de Maxi-

mino, a los que ya él tenía hechos socios de la dignidad imperial y de la dedicatoria en retratos y en pinturas ¹³⁴. Y los que anteriormente se jactaban de parentesco con el tirano ¹³⁵ y estaban prestos a avasallar a todos los hombres, sufrieron las mismas penas que los susodichos, junto con la deshonra extrema, ya que no habían aceptado la lección ni conocían ni comprendían la exhortación que en las Sagradas Escrituras va repitiendo:

8 *No estéis confiados en los príncipes ni en los hijos de los hombres, en los que no hay salvación. Su espíritu saldrá y se volverá a su tierra. En aquel día perecerán todos sus designios* ¹³⁶.

(En todas las cosas se den gracias a Dios todopoderoso y rey del universo y también muy numerosas al Salvador y Redentor de nuestras almas, Jesucristo, por medio del cual estamos continuamente suplicando que nos conserve segura y firme la paz, al abrigo tanto de las perturbaciones de fuera como de las de la mente).

[Así barridos los impíos, Constantino y Licinio guardaron para sí solos la parte correspondiente del Imperio, segura e indiscutible. Estos, después de eliminar del mundo antes que nada la enemistad contra Dios, conscientes de los bienes que Dios les había otorgado, demostraron su amor a la virtud, su amor a Dios, su piedad y gra-

titud para con la divinidad por medio de su legislación en favor de los cristianos] ¹³⁷.